

EN EL CENTENARIO DE ZORRILLA: JOSÉ JURADO DE LA PARRA

Por *Enrique Toral y Fernández de Peñaranda*
Manuel Urbano Pérez Ortega
Consejeros del Instituto de Estudios Giennenses

I

COMO es conocido, mil novecientos noventa y tres ha sido el año del primer centenario de la muerte de José Zorrilla, y en el que, por cierto y a nuestro ver, bien paupérrima se está ofreciendo su celebración: un acto en Valladolid con presencia de Rosa Chacel, «sobrina-nieta»; unas pocas páginas en «ABC Literario» y algo más, no mucho, y sin mayor relevancia.

Si hubiésemos de resumir las opiniones de los autores convocados por el diario madrileño, veríamos que, casi con exclusividad, se centran en la labor teatral del vallisoletano y, muy en especial y significativamente, en «Don Juan Tenorio», la que no es, precisamente, su obra cumbre, aunque Buelo Vallejo, con la autoridad que le confiere su maestría, nos diga en el citado extraordinario que «las obras verdaderamente grandes resisten la desvaloración del tiempo; el *Tenorio* es una de ellas por una de esas misteriosas *razones de arte* que la razón no conoce». Muy superior es, en nuestra modesta opinión y a modo de ejemplo, «Traidor, inconfeso y mártir», pieza que se está reponiendo con éxito en el madrileño Teatro Español, coliseo del que fuera director artístico, en la primera decena de nuestro siglo, el escritor baezano José Jurado de la Parra, quien, además, estrenaría en él algunas de sus más aplaudidas obras (1).

(1) Así, pongamos por caso, «El eterno burlador», en la noche del día 3 de abril de 1910.

Pero la conclusión que podemos extraer de este centenario es el olvido de que Zorrilla fue un gran poeta lírico. Que sepamos, sólo en esta hora viene a reconocerlo el académico Francisco Nieva: «adoro a Zorrilla como poeta»; si bien apostillará con certeza y a continuación: «Zorrilla es hoy poeta y dramaturgo de minorías». Cierto es; y ello, después de haber sido junto con Campoamor y, en parte, con Ruiz Aguilera, el poeta más popular del siglo XIX. No vamos a entrar, desde luego, en el análisis de esta quiebra, en la que tanto tiene que ver la mudanza de los gustos, el inmisericorde paso de la historia e, incluso, el propio Zorrilla, fecundo como el que más y, en muchas ocasiones, sólo por obtener unas pocas pesetas con las que asear su crónica indigencia.

Por nuestra aparte, y como modesto homenaje, nos detendremos tan sólo en algunos extremos de sus últimos años y en la íntima relación que sostuvo con el poeta comprovinciano Jurado de la Parra.

Víctima de padecimientos crónicos, los que le amargaron sus últimos años, Zorrilla murió en Madrid el día 23 de enero de 1893, en la casa de la calle de Santa Teresa, esquina a la plaza de Santa Bárbara. Dos cartas, pertenecientes al archivo de Enrique Toral, y hasta hoy inéditas, de don Manuel Tamayo y Baus, secretario perpetuo de la Real Academia de la Lengua, a su compañero don Antonio María Fabié nos proporcionan algunos datos que consideramos de interés:

«20 de enero.

Mi querido amigo: Zorrilla está hoy mejor, o menos mal. A saber si él nos enterrará a nosotros. Si le sobrevivimos, ya procuraremos que la Academia honre dignamente la memoria del gran poeta».

Esta ilusión de Tamayo se disipó rápidamente. Muy poco tiempo después, el día veintitrés, escribe a Fabié una impresionante petición de socorro:

«Mi querido amigo: Ayúdeme Vd. por Dios a enterrar a Zorrilla, véngase cuanto antes a la Academia, donde le espera su cariñoso amigo y compañero».

Toda la razón le asistía a Tamayo en esta petición. Al morir Zorrilla, en su casa no había ni un duro; sus ropas, alhajas, condecoraciones y coronas estaban en poder de usureros, quienes le retenían, además, parte de su pensión de 7.500 pesetas anuales —cantidad muy superior a la que percibía del Estado un Jefe de Negociado—, la que le fuese concedida por las Cortes con carácter vitalicio en 1886.

Ante esta situación, Tamayo y Fabié actuaron rápida y eficazmente. La Academia pagó los gastos del sepelio y adquirió a perpetuidad una sepultura en la Sacramental de San Justo. Se le hicieron suntuosas funerales y se rescataron las coronas granadinas que, desde entonces, figuran en una vitrina de la Academia.

De estas tristezas y amarguras trata el maestro Rodríguez Marín en su curioso e interesante libro «Zorrilla comentador póstumo de sus biógrafos» (2), utilizando para ello unas cartas escritas por el poeta a su sobrino el Capitán de Infantería Esteban López Escobar, de las que nos interesan, fundamentalmente, las referidas a la coronación en Granada. Todo un texto insustituible y a sumar a los de Manuel Sancho Rodríguez y Narciso Alonso Cortés, quienes redactaron, respectivamente, la «Crónica de la Coronación», y la amplia biografía del poeta; volúmenes ya manejados por Manuel Caballero Venzalá, con el rigor y galana amenidad que le caracterizan, para su artículo «José Jurado de la Parra, el “intendente” de Zorrilla» (3).

Promotor de la idea de la coronación fue, en primer lugar, don Rafael Gago y Palomo, quien encontraría el entusiasta apoyo de Luis Seco de Lucena y Escalada, director de «El Defensor de Granada», y en el renacido Liceo granadino, del que era secretario de la Sección de Literatura nuestro comprovinciano Jurado de la Parra, uno de los primeros en adherirse al proyecto y uno de los firmantes de la carta en la que solicitan al poeta valli-soletano que aceptase la idea, así como uno de los miembros de la comisión organizadora que se desplazara a la Corte con la finalidad de visitar a Zorrilla y recabar la ayuda de cuantos podían aportar algo para la celebración del solemne acto.

Y el poeta llegó a Granada acompañado por su paisano y también poeta don Emilio Ferrari, por su sobrino Escobar y por algún otro personaje, siendo trasladado al Carmen de los Mártires, cuya planta baja había cedido su propietario, ausente en París, para domicilio del homenajeado.

«Para acompañar al señor Zorrilla —escribió Manuel Sancho (4), historiador minucioso de los acontecimientos— y atender las necesidades de su persona y casa, el Liceo designó al inspirado poeta don José Jurado de

(2) «Zorrilla comentador póstumo de sus biógrafos. Cartas íntimas e inéditas del gran poeta español —1883-1889—». Imp. G. Bermejo, Madrid, 1934.

(3) «Semblantes en la Niebla», número XXX. Diario *Ideal*. Edón. de Jaén; domingo, 11 de junio de 1989. Existe edición en libro (en prensa).

(4) «Crónica de la coronación de Zorrilla. Junio, 1889».

la Parra. Acertada elección, que por afinidad de aficiones, bondad de carácter y distinción personal y admiración hacia el insigne poeta resultaba el señor Jurado como único e insustituible en las funciones que había de desempeñar, y buena prueba el singular cariño que concluyó por profesarle el señor Zorrilla quien hacía de su intendente los mayores elogios».

Estas líneas acreditan que Zorrilla y Jurado apenas se conocían con anterioridad a los actos granadinos, por lo que nos parece una muy notoria exageración lo que afirma Cossío en «Cincuenta años de Poesía Española»: «En la coronación de Zorrilla en Granada puede decirse que fue el promotor y el realizador, y figuró como Intendente de la casa del poeta durante las fiestas» (5). Siendo cierto lo último, no lo es cuanto le antecede, puesto que correspondió exclusivamente a las iniciativas de los señores Gago y Seco de Lucena, respaldados por el Conde de las Infantas como presidente del Ateneo; algo que ya fuera precisado entre nosotros por Manuel Caballero en su citado artículo (6).

Pronto se creó un clima de entendimiento y cariño entre el venerable vate y el poeta baezano. Pero, tras conciertos, banquetes, visitas y otros factos, el drama humano y la generosísima entrega de Jurado. Y si los actos resultaron lo más lucidos y con el mayor éxito, el pobre homenajeadado sufría tantos y tan variados padecimientos que apenas podía sostenerse en pie, como lo confiesa en una de sus humanamente muy dolorosas cartas a Escobar:

«Miércoles, 17 de julio.

Sigo mal: ayer me estuve todo el día en la cama y bañándome; no adelanto mucho, y el médico se desespera; teme que haya dentro algún tumor

(5) Edit. Espasa Calpe; Madrid, 1960, págs. 586-587.

(6) «La Comisión trabajó ruda y eficazmente. El más pequeño detalle fue estudiado y ejecutado con puntualidad. De manera particular se programó la estancia de Zorrilla en Granada, a fin de que ésta le fuese lo más grata posible; conciertos, visitas, banquetes, acompañantes, excursiones... fueron previstos y estudiados. Con gran sensibilidad y fino espíritu de observación, la Comisión estimó la conveniencia de crear el puesto de "intendente de Zorrilla", alguien que velase frente a la comodidad del poeta y le acompañara de modo más íntimo y familiar. La previsión era de lo más oportuno y procedente. Sumergir a una persona en un continuado ambiente de envarada oficialidad termina creando una situación molesta, fría y aburrida. Si a esto se suman los 72 años que marcaba el calendario del poeta, se veía con nitidez la necesidad de una persona capaz de crear espacios de distensión y de sereno reposo. Para llevar a cabo tal cometido, la Comisión eligió por unanimidad a José Jurado de la Parra, señalándolo como el más apto por su juventud, dinamismo y don de gentes».

que se llague, porque los dolores son dentro. Hoy tengo cólicos, tal vez del agua, con lo cual la irritación interior, en vez de calmar, se empeora...

Nos hemos quedado solos Jurado y yo; el hombre no sabe qué hacerse para teneme contento; pero yo casi no puedo disimular el afán que me roe las entrañas. El médico que se porta como el mejor amigo, me dice que no me apresure a vestirme, por temor a una recaída, que según él, sería fatal; y que el telele, que ya me ha dado tres veces, es del corazón» (7).

Creemos que, por nuestra parte, sobran mayores comentarios. Treinta días de íntima convivencia, y unos lazos indisolubles, de los que pueden ser testigos una serie de retratos fotográficos que el anciano dedicaría a su intendente con estas frases tan expresivas: «A Pepillo Jurado de la Parra, el morisco Zaurí sin cimitarra. J. Z., junio 26-89», «A Pepe Jurado de la Parra, mi loquero en Granada, junio 26-89». Y en un ejemplar de la crónica de su efímero reinado le estamparía: «A Pepe Jurado de la Parra, loquero jurado del rey de los locos. J. Z. Granada, junio 27-89».

Ante tanta ternura del anciano, que no escondía cierto compañerismo de guiño cómplice, Jurado regaló al autor de «Don Juan Tenorio» en su último día de estancia en Granada «una preciosa y artística corona de laureles con botones de oro. En la ancha cinta de gras roja escribió de su puño y letra: “Al rey de los poetas españoles, el último de sus súbditos y el primero de sus leales. ¡Gloria al gran poeta Zorrilla!”».

No concluirían aquí, por cierto, las relaciones de íntimo afecto entre los dos poetas. Jurado acompaña a Zorrilla en su regreso a Madrid, algo de lo que daría noticia el diario «La Correspondencia de España» (8): «Ayer

(7) RODRÍGUEZ MARÍN: *Op. cit.*, pág. 183. No fue, desde luego, cómoda la estancia del poeta y, por tanto, tampoco lo sería la función del «intendente», como bien se desprende de estas otras dos cartas del homenajeado:

«14 de julio.

Teme el médico que tenga dentro una ulceración, por los dolores y las alternativas; ayer estaba casi bien, y hoy he amanecido con cólicos, diarreas y otra vez inflamado. Me he estado todo el día en el baño, y veremos esta noche. Además ha vuelto a aparecer el bulto de la boca y la inflamación de los bronquios. Estoy desesperado; si esto se enreda, me voy a reventar aquí un mes solo y sin poder tomar determinación alguna. Estoy entre dos sillas y he tenido que contestar a Córdoba (donde le esperaban a su vuelta de Granada).

Ya voy mejor, pero no hay posibilidad de forzar los tumores por peligro de un retroceso que me cueste veinte días de cama; pero como no puedo echar a subir y bajar escaleras, a tomar asoleadas y trasnochar, sin convalecer del todo, no puedo fijar tiempo para despedirme, y no veo la hora. Creí poder ir esta mañana a llevar la corona a las Angustias; pero me he puesto el pantalón y no puedo andar».

(8) 31 de julio de 1889.

ha obsequiado con un delicado almuerzo en su casa, el señor duque de Rivas, al egregio poeta Zorrilla y a nuestro amigo el señor Jurado de la Parra, que ha venido de Granada acompañando al coronado vate».

También Zorrilla introducirá al baezano en los más reputados salones literarios y linajudos: «En la Corte de las Españas, la Guaqui, la Sástago, la Portago, la Valdemediano, la Monteagudo, la Esquilaña y otras ilustres y hermosas damas que disputábanse privilegios debidos a aquella admirable Duquesa Angela de Medinaceli que, por derecho propio, ejercía la realeza en la literatura y en las artes y a la que fue presentado nuestro poeta por el glorioso Zorrilla, como *su nieto en Apolo*» (9).

Toda una íntima relación, casi filial, que alegraría los últimos días del vallisoletano, si nos atenemos al juicio de Salvador González Anaya: «Amigo y confidente de Zorrilla, que, como a un hijo, le adoraba» (10).

Toda una estrecha relación humana y literaria, como la que sostuviera con Campoamor; aspecto este último que bien puede deducirse de la siguiente nota de redacción que abría, presentándola, a «Una poesía inédita de Zorrilla», la madrileña «La Gran Vía»: «Don José Jurado de la Parra, poeta distinguido, hombre amante de las artes y admirador de los hombres de letras, posee una verdadera riqueza en trabajos inéditos del inmortal Zorrilla; de tal modo, que con dichos documentos se podría escribir el libro más interesante acerca del autor de *Don Juan Tenorio*. Mucho agradecemos al aplaudido poeta señor Jurado el regalo que nos ha hecho de esta poesía inédita de Zorrilla» (11).

(9) Salvador González Anaya, en el prólogo, pág. 12, a *Antaño y Orgaño*, de J. J. de la P.; Impta. Ibérica; Málaga, 1936.

(10) *Ibidem*, págs. 12-13.

(11) Por su interés, sobre todo como noticia de los acontecimientos granadinos de la coronación, la reproducimos:

AL EXCMO. E ILTMO. SEÑOR D. JOSÉ MORENO MAZÓN,
ARZOBISPO DE GRANADA

*Con laureal de la Zubia me has coronado,
me has sentado a tu mesa con gran cariño
y mis gárrulos versos has celebrado;
Dios te lo recompense, sabio Prelado,
que has avivado en mi alma mi fe de niño,
la Fe Cristiana,
¡que me ha acarreado tanta gloria mundana!*

*Yo vagué por el mundo cantando ufano
y en el suelo europeo y americano,
como español sin miedo, como cristiano*

Días después insertó la misma revista madrileña los siguientes versos del de Valladolid, los que por sí solos se explican:

INÉDITA

En el abanico de Anacleto Jurado de la Parra

De mis fiestas en Granada
y mis glorias de oropel,
¿qué queda ya? Casi nada,
mi imagen pintarrajeada
y el aire de este papel.

No es en verdad don muy rico
de mi tan frágil memoria;
mas yo te lo certifico,
de toda mundana gloria
es símbolo un abanico.

La gloria es ráfaga vaga
que orea un día y halaga
el amor propio de un hombre,
da un poco de aire a su nombre,
se saca a la luz y... se apaga.

*con fe, sembrando he ido patrias memorias;
de España lejos,
fueron cantando a España mis versos viejos.*

*Granada, de quien hice mi idolatría,
mi cariño con creces me recompensa
con espontánea muestra de su alegría;
y en unas fiestas llenas de poesía,
como a su ídolo, culto me da y me inciensa.*

Granada sabe.

que en mi alma, sin soberbia, sólo amor cabe.

*Tú, de Granada alegre pastor sagrado,
en tu regazo santo me has acogido,
sobre tu noble pecho me has abrazado,
con tus sagradas manos me has bendecido
y mis mundanas glorias has sancionado;*

cuando esto leas,

por leerme y amarme, ¡bendito seas!

La Zubia, 15 de julio de 1889».

Fue publicada en el tomo III, núm. 106, Madrid, 7 de julio de 1895.

Toma, hermosa criatura,
 este abanico tan feo
 con mi fea catadura,
 y ya... ¡qué mejor empleo
 que dar aire a tu hermosura!

No nos arrepentimos, desde luego, de recuperar estas quintillas, las que, si bien muy ocasionales y de circunstancias, dan medida del poeta coronado (12).

II

Si larga y dilatada fue la vida de José Jurado de la Parra, con altísimos puntos de destello dentro de la vida política, cultural y literaria española de su tiempo, siempre tuvo por honor y resumen de su existir, lo que le enaltece sobremanera, las relaciones de amistad que mantuvo con tres nombres señeros de las letras españolas: Zorrilla, Ramón de Campoamor y Benavente. Aserto expresado con toda nitidez en el apéndice que cierra su desenfadado libro «Los del teatro» (13).

Mas cuando la muerte venga
 —que ya tarda ¡vive Dios!—
 si alguna mano piadosa
 quiere a un muerto hacer honor,
 poniendo sobre su tumba
 los timbres de su blasón,
 que sobre mi losa escriba
 esto que ha dictarte voy:
 «¡Aquí yace uno a quien nada
 del mundo le interesó;
 amigo de Benavente,
 de Zorrilla y Campoamor!».

Algo en lo que insistiría, una vez y otra, como muy bien y con gran belleza plástica se advierte en el tríptico de sonetos —«Zorrilla-Campoamor-Benavente»— que compilara en su último libro, dentro de la antología «An-

(12) En «La Gran Vía», año III, núm.108, Madrid, 21 de julio de 1895.

(13) Impta. R. de Velasco; Madrid, 1908, págs. 205 y sigs.

taño y Ogaño» (14), y del que sólo reproducimos por razones obvias al primero, en el que el baezano cala con elegante agudeza en la poética zorrillesca:

Transparencia de gota cristalina
 en una estalactita que gotea
 tiene el verbo radioso de su idea;
 iris luego, en la estrofa diamantina.

Ritmo y compás de música divina
 que algún divino rui señor gorjea
 en la cadencia van con que aparee
 línea y color, en gama peregrina.

Polícromas vidrieras medioevales
 son sus ricas leyendas orientales
 de acciones e inventivas prodigiosas...

¡Y su musa polífona y gallarda
 es clave del tesoro en que se guarda
 la música y el alma de las cosas!

La amistad, la bondad a raudales fueron las virtudes que, de modo unánime, reconocen en Jurado quienes lo trataron; a ellas habría que sumar su justicia en reconocer el mérito ajeno, algo que efectuaría, como en tantas otras ocasiones, en un momento clave, en su definitivo adiós al gran poeta y maestro, subrayando el trabajo angular que realizara el director de «El Defensor de Granada»:

A ZORRILLA (*Antífona*)

Para mi querido amigo, el ilustre escritor don Luis Seco de Lucena, alma en Granada de la coronación nacional del egregio poeta.

Padre del astro luminoso
 y del acento musical...
 ¡Orífice maravilloso
 de nuestra rima nacional!

(14) En *Antaño y Ogaño*, pág. 47.

(15) En *Antaño y Ogaño*, págs. 54 y sigs.

Yace la lira castellana
como tu verbo, en la mudez.
Huyó el amor, de la ventana;
y la ansiedad, del ajimez.

Cerrada está la celosía
de la mansión conventual,
tras la que púdica, escondía
Inés, su rostro virginal.

No se oye estrépito de zambra
entre las gentes de Almanzor...
Allá, en los patios de la Alhambra
gime en silencio el surtidor.

Apaga el puente y el rastrillo
su chirriante rechinar...
No vuelve el conde a su castillo
de peregrino o de jugar...

El alminar de la Mezquita,
la voz del Muecín...
No está en el torno Margarita,
ni hay luz que alumbre el camarín.

Como tu alcalde Santillana,
los cronicones dudarán
—pese a la Historia lusitana—
qué fue del Rey don Sebastián.

No está la Historia, en la Leyenda
a su acomodo, ni ésta, bien...
El lindo paje, de la rienda
ya no conduce al palafrén.

Ni el capitán, del escudero,
distinguirás el ojo avizor,
ni por la pluma del sombrero,
ni por la cinta del castor.

No van arneses ni banderas
con el blasón del paladín;
ni al ondular de las cimeras,
fulge en el casco el lambrequín.

Cayó el donaire y el denuedo
con la arrogancia de Don Juan...
¡No irán las dagas de Toledo
contra las cotas de Milán!

¡Adiós de leila y de torneo
la centenaria evocación...!
La guzla mora, es un trofeo,
para el metal de tu blasón.

.....

¡Como una ofrenda consagrada,
caiga en lluvia perennal,
todas las rosas de Granada
sobre tu losa sepulcral!